



CONGREGATIO PRO CLERICIS

II DOMINGO DE ADVIENTO – C

Citas:

Bar 5,1-9:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abtame.htm

Phil 1,4-6.8-11:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aev3pa.htm

Lc 3,1-6:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9absooc.htm

En este segundo Domingo de Adviento, la Iglesia quisiera “empujarnos” aún más hacia el “Hecho” que ha cambiado la historia de la humanidad, hacia el Acontecimiento que es el fundamento de la “nueva historia” que, ahora, abraza a la humanidad y que celebraremos en la Noche de Navidad: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, Encarnado, muerto y resucitado por nosotros.

En la liturgia de hoy, son dos los modos con los que la Iglesia nos introduce en el umbral del Misterio de Navidad: dándonos las coordenadas histórico-políticas del Hecho y haciendo que nos encontremos con aquel que fue la voz de este Hecho.

Miremos primero las coordenadas histórico políticas del Hecho: San Lucas nos dice quién era el emperador de entonces, quién el gobernador de Judea, quiénes los tetrarcas y quiénes los sumos sacerdotes de Israel. Dios no se asoma de una manera genérica a la historia de la humanidad, sino que entra en una historia, en un pueblo y en un lugar bien determinados, desde los cuales atraerá a la humanidad entera, como se escucha en la extraordinaria profecía del profeta Baruc: «Levántate, Jerusalén, sube a lo alto y dirige tu mirada hacia el Oriente: mira a tus hijos reunidos desde el oriente al occidente por la palabra del Santo, llenos de gozo, porque Dios se acordó de ellos. Ellos salieron de ti a pie, llevados por enemigos, pero Dios te los devuelve, traídos gloriosamente como en un trono real » (*Bar 5,5*).

Así somos llevados progresivamente, a esa extremada “concreción” de Dios, que es el Misterio de la Encarnación: Dios se hace el contradicho en un particular momento histórico y en un determinado pueblo, pero no solo: Él se hace encontrar en una “persona”, en la persona de Jesús de Nazaret, el Hijo unigénito del Padre Eterno, concebido por María Virgen y dado a luz en Belén de Judea.

No obstante, Dios no actuó ni actúa en esta particular historia, por mérito del hombre. Ni en el hombre ni en su actuar, en efecto, no hay ningún mérito, ninguna “razón” para merecer la venida de Dios. No hay en el universo ni un solo átomo que pueda merecer tal gracia. Dios se inclina sobre nosotros, en este acontecimiento, porque en el Misterio de su soberana Libertad, Él así lo ha querido. Se ha elegido un pueblo, el de Israel; quiso educar al hombre para que pidiera su intervención, para que implorara su perdón, su gracia, pero Él interviene por un acto absolutamente gratuito de su Voluntad.

Siempre miramos a Jesús con una infinita gratitud y queremos encontrarlo: Él, Niño en la cuna de Belén, es “para nosotros”. Él está para cada uno de nosotros. Y es tanto más evidente la inconmensurable grandeza de este Don, cuanto más aceptamos que no lo merecemos, que nada en nosotros merece tanto. Por eso no esperamos un tiempo favorable para encontrar al Señor; no esperamos merecer el don de la Fe o una Fe más ardiente o profunda, sino que pedimos que Él intervenga en nuestra vida, que se nos muestre, que nos abra los ojos, porque la fe, es decir, el encuentro con Él, es una gracia que Él quiere darnos – más aún, que nos la ha dado definitivamente en el Bautismo- y que nos invita a pedirla porque, deseándola, podemos recibirla siempre con mayor fruto.

En la liturgia de hoy, la Iglesia hace que nos encontremos con aquel que es la voz de este Hecho: el hijo de Zacarías y de Isabel, el primo de Jesús, Juan Bautista, elegido por Dios para ser el profeta de su Hijo. Llega a nosotros esa voz que pronto se apagará con el martirio, para dejarle el puesto a Aquel que es la Palabra, la Palabra eterna del Padre, Cristo nuestro Señor.

¿Cuál es el mensaje de Juan? Él nos invita, antes que nada, a actuar, diciendo: « preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas »; pero después agrega, por medio de lo que los exégetas llaman el “pasivo teológico”, que esta acción la llevará a cabo Dios mismo: «serán enderezados los senderos sinuosos y las colinas serán aplanadas ». Lo cual equivale a decir: «No pongáis obstáculos al camino del Señor; pedid, implorad que Él venga y “dejad” que llegue hasta vosotros ». Sí, porque Dios ha decidido no salvarnos sin nosotros. Él no quiere hacer menos que el “sí” de María, para hacerse hombre: quiere ser anunciado por primera vez a la humanidad, por medio de Juan, hijo de Zacarías; constituyó a los Apóstoles, los sacerdotes, como instrumentos “necesarios” de su obra de salvación; constituyó la Iglesia como “lugar” del encuentro con Él y pide, ahora, nuestro personal “sí” para salvarnos. «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos.[...]. Serán enderezados los senderos sinuosos y nivelados los caminos desparejos. Entonces, todos los hombres verán la salvación de Dios ».

María Inmaculada, la morada que Dios mismo se ha preparado para hacerse hombre y entrar en el mundo, la humildísima criatura que aceptó y quiso que sucediera en Ella lo que el Ángel le había dicho, nos obtenga la gracia de implorar y acoger el encuentro con Cristo y la radical transformación que siempre se desprende de este Encuentro. Amén.